



Guía de lectura

**Patrick Radden Keefe**

Autor de NO DIGAS NADA

# EL IMPERIO DEL DOLOR

La historia secreta de la dinastía  
que reinó en la industria farmacéutica



**R**  
RESERVOIR  
BOOKS

Penguin **Club de lectura**

## CLAVES

El 30 de octubre de 2017 veía la luz en el semanario *The New Yorker* un artículo titulado «The Family That Built an Empire of Pain» (La familia que levantó un imperio de dolor), acompañado de un subtítulo demoledor: «La despiadada comercialización de analgésicos por parte de la familia Sackler ha generado billones de ingresos... y millones de adictos». Tras meses de investigación, Patrick Radden Keefe revelaba la combinación de lucro desmedido y mala praxis llevados a cabo por la compañía farmacéutica Purdue Pharma con el exitoso lanzamiento al mercado de un calmante llamado OxyContin, cuyos altísimos niveles de adicción habían sido maquillados con funestas consecuencias para millones de clientes. Detrás de tan nocivo producto estaba un poderosísimo clan familiar, los Sackler, quienes en menos de un siglo habían pasado de la humildad propia del grueso de los inmigrantes llegados a Nueva York con el cambio de siglo, a construir un emporio a la altura de las mayores fortunas en la historia de los Estados Unidos.

En principio, el autor no pensaba ir más allá con el tema, pero en 2019 obtuvo los archivos de un proceso judicial contra los Sackler oficiado en un tribunal de Massachusetts y se le abrieron numerosos caminos por los que expandir la pieza periodística. «Acceder a aquellos documentos supuso una experiencia muy desconcertante —ha declarado el escritor— porque en el transcurso de mis pesquisas para redactar el artículo me había preguntado muchas veces de qué hablarían los Sackler de puertas adentro. Además, se habían negado rotundamente no sólo a concederme una entrevista, sino a emitir un mero comunicado. Me había citado con gente que conocía a la familia, pero mi sensación es que no había podido llegar lo suficientemente cerca. Y de golpe los archivos abundaban en este tipo de información. Contenían multitud de correos electrónicos en los que los miembros del clan debatían a fondo sobre el conflicto en el que estaban metidos. De inmediato uno percibía lo avariciosos que eran, su empeño por multiplicar las ventas de estos opiáceos y

su indiferencia por las devastadoras consecuencias que acarrea esta política.» Surtido de estas fuentes tan reveladoras como ingentes, Radden Keefe decidió en este punto proseguir con el estudio de los tejemanajes de las tres generaciones de la familia Sackler, cuya fortuna levantó el Valium y cuya reputación destrozó el OxyContin, enterrándose en documentos desclasificados y ampliando el número de entrevistas hasta superar las doscientas.

El resultado es esta nueva obra maestra del periodismo de investigación tras *No digas nada*, cuyo espíritu condensó con acierto la revista *Esquire* al afirmar que «no hay rastro de la densidad propia de la jerga médica sino que estamos ante un devora-páginas protagonizado por una familia tan malvada que rivaliza con el clan de los Roy de la serie *Succession* de HBO y que cierra cada capítulo soltando alguna bomba». Su responsable ha querido destacar además su carácter denunciativo pues «se trata de un libro que creo

que pone sobre la mesa el modo en que el sistema capitalista, el sistema gubernamental y el sistema judicial de los Estados Unidos tienden a proteger a las súper élites de las consecuencias negativas derivadas de su propia toma de decisiones (...) E igual que *No digas nada*, diría que versa sobre las historias que la gente se cuenta a sí misma y al mundo en torno a las transgresiones que han cometido. Ambos libros lidian con la construcción de narrativas». *Best seller* inmediato del *New York Times*, escogido entre los mejores libros de lo que llevamos de 2021 por medios como la revista *TIME* y *Esquire*, pieza fundamental del loado documental *Crime of the Century* de HBO y entre los títulos de la siempre certera lista de lecturas veraniegas del expresidente Barack Obama, *El imperio del dolor* confirma a Patrick Radden Keefe como uno de los más ambiciosos y apasionantes periodistas de investigación actuales y desmiente a los que pudieron pensar que con *No digas nada* había tocado techo.

## SINOPSIS

El apellido Sackler adorna los muros de las instituciones más distinguidas: Harvard, el Metropolitan, Oxford, el Louvre... Es una de las familias más ricas del mundo, benefactora de las artes y las ciencias, continuadora en el imaginario americano de apellidos tan ilustres como los de Rockefeller, Carnegie o Morgan. Celosa de su privacidad y dada al secretísimo en lo tocante a sus negocios, el origen de su patrimonio siempre fue dudoso, hasta que salió a la luz que lo habían multiplicado gracias a OxyContin, un potente analgésico que catalizó la crisis de los opioides en Estados Unidos. ¿Cómo un clan de orígenes sencillos y que en apariencia había consagrado todos sus esfuerzos al bienestar de sus compatriotas había devenido un monstruo interesado principalmente en el lucro, a costa de generar un terrible problema de salud pública?

*El imperio del dolor* arranca con la historia de Raymond, Mortimer y Arthur, tres hermanos de extracción humilde que luchan por abrirse camino en el ámbito de la medicina en medio de la Gran Depresión y un antisemitismo rampante. Será el mayor, Arthur, quien muestre mayor iniciativa y constancia desde buen principio. Trabajando de muy joven en una institución psiquiátrica en la que imperan métodos bárbaros, aliviará el sufrimiento de los pacientes con impactantes descubrimientos en el ámbito del tratamiento con fármacos. Más adelante su visión especial para la publicidad y el marketing lo llevarán a comprar una pequeña agencia de publicidad y contribuirá a la primera fortuna familiar ideando la estrategia comercial de Valium, un revolucionario tranquilizante, para una gran farmacéutica. Asimismo, adquirirá

una empresa farmacéutica, Purdue Pharma, cuya dirección dejará en manos de sus hermanos.

El trío se dedicará a partir de entonces a coleccionar arte, esposas, y residencias de ensueño en lugares exóticos. Un lujoso tren de vida que heredarían hijos y nietos. Tras unas décadas en las que la brújula ética que debía presidir los tentaculares negocios e intereses de la familia fue perdiendo propiedades a marchas forzadas y las rencillas entre sus miembros se agudizaron a medida que su patrimonio crecía sin freno, fue Richard Sackler, el hijo de Raymond, quien pasó a dirigir los turbios asuntos del clan, incluida Purdue Pharma. Basándose en las tácticas agresivas de su tío Arthur para vender el Valium —comprando a médicos, influenciando en la Agencia Reguladora de Medicamentos (la FDA por sus siglas en inglés), rebajando los efectos adictivos del producto—, lanzó un fármaco que había de ser definitivo: OxyContin. Con él se estima que ganaron treinta y cinco billones de dólares, pero a costa de cientos de miles de muertes que los llevarían a los tribunales y derrumba-

rían su entramado del mal. Desde 2017, Patrick Radden Keefe ha investigado los secretos de la dinastía Sackler: las complicadas relaciones familiares, los flujos de dinero, sus dudosas prácticas corporativas... El resultado es una bomba periodística que relata el auge y declive de una de las grandes familias americanas y su oscuro emporio de la salud.

*El imperio del dolor* nos conduce de las bulliciosas calles del Brooklyn de principios del siglo XX a mansiones costeras en Greenwich, Connecticut y Cap d'Antibes hasta desembocar en los pasillos del poder de Washington, D. C. La historia de los Sackler es riquísima en términos dramáticos: agrias disputas sobre propiedades fastuosas, intercambio de puñetazos en salas de juntas, colecciones artísticas que quitan el aliento, maniobras judiciales maquiavélicas y el uso calculado de ingentes cantidades de dinero para destruir reputaciones y machacar a los débiles. Un estudio apabullante y maravillosamente documentado y escrito en torno a la impunidad de las élites y el levantamiento de una inmensa fortuna sobre el sufrimiento ajeno.

## ALGUNOS PROTAGONISTAS

### LA DINASTÍA SACKLER

Una de las familias más ricas y poderosas que ha dado la ciudad de Nueva York en toda su historia. La revista *Forbes* la incluyó entre los veinte apellidos más acaudalados de los Estados Unidos gracias a una fortuna estimada en unos catorce mil millones, «superando a familias legendarias como los Busch, los Mellon y los Rockefeller». Este patrimonio tan apabullante se levantó sobre todo en base a un imperio farmacológico —primero comercializando Valium y luego OxyContin— que no tuvo brújula ética interna y que contó con la complicidad de los principales actores de la industria (comenzando por los estamentos reguladores). Parte del silencio que rodeó durante décadas a las malas praxis del clan se explica por su ingente labor filantrópica a escala global pues tal y como señala el escritor: «El apellido Sackler adornaba los nombres de museos de arte, universidades e instalaciones médicas de todo el mundo».

«El director de un museo llegó a equiparar a esta familia con los Médici, el clan aristocrático de la Florencia del siglo xv cuyo patrocinio de las artes contribuyó al surgimiento del Renacimiento. Pero si los Médici hicieron su fortuna con la banca, los orígenes concretos de la riqueza de los Sackler eran, ya desde hacía tiempo, más misteriosos. Diversos miembros de la familia otorgaban su apellido a instituciones de arte y enseñanza casi como llevados por una especie de obsesión. Aparecía grabado en mármol, estampado en placas conmemorativas o incluso serigrafiado en vitrales. Había cátedras Sackler, y becas Sackler, y conferencias Sackler, y premios Sackler. Aun así, al transeúnte ocasional podía costarle mucho relacionar el nombre de aquella familia con el tipo de negocio que había generado tanta riqueza. Los conocidos de la familia que coincidían con miembros de esta en eventos sociales (como cenas de gala, o actos de recaudación de fondos en los Hamptons) o en un yate en el Caribe o esquiendo en los Alpes suizos se preguntaban en voz más o menos baja cómo hacían aquel dinero. Y no dejaba de ser raro, porque el grueso de la fortuna de los Sackler se había amasado en décadas recientes y no en los lejanos tiempos de los “barones ladrones”.»

### LOS TRES HERMANOS FUNDADORES

Isaac Sackler y su esposa, Sophie Greenberg, inmigrantes judíos a Estados Unidos desde Galitzia (actual Ucrania) y Polonia, respectivamente, tuvieron tres hijos que cumplieron el sueño de cualquier progenitor consistente en protagonizar un progreso intelectual y financiero (ellos regentaron un colmado en un humilde enclave de Brooklyn). Y es que tanto Arthur como Mortimer y Raymond Sackler estudiaron medicina y se especializaron en psiquiatría, mostrando desde sus primeros pasos profesionales un enorme interés por la experimentación con nuevas técnicas. En 1952 adquirieron una pequeña empresa farmacéutica, Purdue, desde la que partió la construcción de un emporio que los acabaría enfrentando. Mientras que Mortimer y Raymond se centraron en cuestiones de administración y gestión, Arthur se volcó más en el lanzamiento de nuevos productos y en la dirección de una agencia de publicidad que sentó las bases de agresivos y oscuros métodos de marketing farmacológico, labores que compaginó con un afán obsesivo por coleccionar objetos de arte, realizar donaciones y presidir fundaciones.

«Arthur quería cosas. Por ejemplo, un espacio propio en el interior del Museo Metropolitano donde pudiera guardar su colección personal de arte, que aumentaba con rapidez. Tanto la casa holandesa de Long Island como la adosada de varias plantas en Manhattan estaban hasta los topes de muebles, vasijas antiguas, pinturas y esculturas. La colección de arte de Arthur estaba desplazando a su familia, literalmente. Así que necesitaba espacio. ¿Y para qué iba a alquilar un triste trastero si podía tener su propio recinto dedicado en el Met? Una solución así era más prestigiosa y permitía despreocuparse de cuestiones como la climatización y la vigilancia del espacio. El museo dispuso entonces para Arthur lo que, con su acostumbrada grandilocuencia, él llamó un “enclave” privado en sus instalaciones. De este modo trasladó varios miles de piezas de su colección a aquel espacio, donde instaló también a su conservador personal para que trabajara allí. Asimismo, dispuso que a su amigo Paul Singer, el vienés psiquiatra y buen entendido en la materia que había sido su mentor en arte asiático, se le asignara un despacho dentro del enclave. Arthur llegó incluso a colocar una cerradura nueva en la puerta para que solo él y sus colaboradores (pero no el personal del propio Met) tuvieran acceso a aquel espacio. Rorimer rubricó el acuerdo con la esperanza de que, al hacerlo, Arthur se decidiera algún día a donar al museo el inmenso tesoro personal que estaba acumulando.»

**RICHARD SACKLER, EL DESALMADO**

Entre las densas ramificaciones del árbol genealógico de los Sackler descuella la figura de Richard Stephen Sackler (Nueva York, 1945), hijo de Raymond, que heredó el cargo de presidente de la farmacéutica Purdue, bajo cuya batuta se llevó a cabo la desalmada comercialización de OxyContin y, por consiguiente, lo convirtieron en el máximo responsable del devastador papel del medicamento en la epidemia de opiáceos que asoló los Estados Unidos y que desencadenó una cascada de juicios y sanciones a la empresa, además del consiguiente oprobio público. Mientras internamente animaba sin descanso a aumentar los beneficios a toda costa, de cara a la galería negaba riesgos y se sacudía toda implicación en los nefastos efectos del medicamento.

«Arthur Sackler rara vez hablaba sobre la cuota de casos de adicción y abuso asociada a los tranquilizantes que lo habían hecho rico. Pero, cuando lo hacía, se cuidaba de establecer distinciones. Estaba dispuesto a conceder que la gente abusaba de los medicamentos. Pero la auténtica explicación del fenómeno no residía en ninguna propiedad intrínsecamente adictiva de los productos en sí, sino que, más bien, era un reflejo de la personalidad adictiva del usuario. A medida que fueron surgiendo más y más pruebas de que la gente abusaba del OxyContin, Richard Sackler adoptó un punto de vista similar. Había ideado un producto farmacéutico sin precedentes en todo el mundo, un comprimido que podía devolver algún grado de normalidad a millones de vidas al tiempo que generaba una cantidad incontable de miles de millones a la familia Sackler. Ahora parecía innegable que algunas personas sufrían sobredosis y morían. Pero el problema no era la medicina; el problema era quienes la consumían de forma abusiva. De modo que decretó que lo que Purdue debía hacer era “martillar a esa gente de todas las formas posibles”, pues ellos “tenían la culpa de todo”, tal y como declaró, “eran unos criminales imprudentes”. Bajo el liderazgo de Richard, ese se convirtió en el mensaje oficial que la empresa debía lanzar al mundo exterior, y también entre sus propios empleados. (...) De alguna manera, el argumento de Richard sobre su medicamento sería equiparable a la postura libertaria de esos fabricantes de armas de fuego que insisten en que no tienen ninguna responsabilidad por las muertes producidas por disparos. Las armas no matan a las personas; son las personas las que matan a las personas. Es un sello distintivo de la economía estadounidense que uno pueda fabricar un producto peligroso y descargarse de manera efectiva de cualquier responsabilidad legal por cualquier menoscabo que aquel pueda causar, al apelar a la responsabilidad individual del consumidor. “Quienes consumen de forma abusiva no son víctimas —decía Richard—, sino gente victimizada”.»



**CUCHILLADAS FAMILIARES**

Un lado más frívolo (pero tremendamente entretenido) de *El imperio del dolor* es el de un culebrón familiar con sus disputas económicas, sus cuchilladas por la espalda, sus celos y envidias, sus traiciones sentimentales y sus tragedias íntimas. La combinación, en cantidades mareantes, de dinero, poder, ambición, lujuria y excentricidad da como resultado episodios delirantes e inverosímiles. Sirva como ejemplo el modo en que dos de los hijos de Arthur Sackler se enfrentaron a la segunda y joven esposa de su progenitor, una vez faltó él.

«Aunque el romance entre Arthur y Jillian había dado comienzo a finales de los sesenta, no se casaron hasta el divorcio definitivo de él, en 1981. Ella era prácticamente de la misma edad que Elizabeth y Carol. Mientras aún estaba vivo, Arthur la había mantenido alejada de sus hijos adultos, esgrimiendo el argumento, un tanto disparatado, de que, puesto que ella no tenía descendencia, podría resultarle traumático pasar el tiempo con la de él. Más bien, da la impresión de que se trata de otro ejemplo de cómo Arthur trataba de mantener las distintas esferas de su vida totalmente separadas. También es posible que hubiese advertido la hostilidad y la mofa de sus hijos, que veían a Jillian (“la secretaria”, según la llamaban) como a una usurpadora que había engatusado a su padre para que se casase con ella sin pensarlo dos veces. De un modo u otro, entre ella y los Sackler de la siguiente generación nunca se dio una relación afectuosa. No podía haber ayudado menos el hecho de que el testamento contuviese una bomba de relojería, y es que dejaba seiscientos mil dólares a cada uno de sus cuatro hijos, además del periódico *Medical Tribune*, valorado en cerca de treinta millones, pero el resto de su patrimonio, con un valor de cien millones de dólares, iba a parar a Jillian. El modo en que los hijos de Arthur desplegaron su resentimiento era sutil, hasta que dejó de serlo. Tomaron la casa de la calle Cincuenta y siete, que reclamaban como de su propiedad, y cambiaron todas las cerraduras para que Jillian no pudiese acceder.»

## GRANDES TEMAS

---

### LA ERA DE LOS FÁRMACOS Y EL SURGIMIENTO DE LAS GRANDES FARMACÉUTICAS

*El imperio del dolor* tiene como telón de fondo la conversión de los Estados Unidos en un país entregado a los compuestos químicos como método predilecto para solucionar cualquier dolencia física o psicológica. Desde la Segunda Guerra Mundial, el avance de las investigaciones médicas permite la proliferación de medicamentos y con ellos se crea una macroindustria que se traduce en beneficios multimillonarios para numerosas compañías. Los abusos de toda índole degeneran en un gigantesco problema de salud pública que se cobra miles de vidas cada año mientras las cuentas de resultados de los principales instigadores no paran de crecer. Los Sackler estuvieron en el epicentro de este fenómeno desde sus mismos orígenes.

«En los años de la posguerra se produjo un fuerte auge de la industria farmacéutica y reinaba un optimismo generalizado en torno al potencial de la innovación científica para diseñar soluciones químicas desconocidas hasta entonces que redujeran la mortalidad y la morbilidad y generaran beneficios incalculables

para los fabricantes. La misma esperanza utópica que los Sackler alentaban desde Creedmoor —la idea de que cualquier dolencia humana se curaría algún día con una simple pastilla— empezó a calar en el conjunto de la sociedad. En los años cincuenta, la industria farmacéutica estadounidense lanzaba al mercado algún fármaco nuevo de uno u otro tipo casi todas las semanas. A estos nuevos tratamientos se los llamaba “drogas éticas”, una denominación tranquilizadora con que se pretendía dar a entender que no eran la clase de pócima de brujo que antaño se compraba a un charlatán que la vendía en un carromato; eran medicamentos que solo se suministraban a médicos, que eran luego los encargados de recetarlos. Pero como aparecían tantos productos nuevos, las farmacéuticas recurrieron a los anunciantes para que se les ocurrieran maneras creativas de hacer que tanto los pacientes como los facultativos conocieran aquellas innovaciones suyas.»

---

### MALAS PRAXIS

El tema por excelencia del libro quizá sea la concatenación de conductas mar-

cadadas por el afán de lucro y la avaricia, un sistema de funcionamiento definido por la falta de ética que implicó a numerosos actores. Falseamiento de resultados, compra de voluntades, técnicas de promoción escandalosas, omisión de riesgos, avales fraudulentos, complicidad en reguladores y estamentos judiciales... Los negocios turbios que llevaron a los Sackler a un enriquecimiento estratosférico no hubieran sido posibles sin una tupida red de silencios y alianzas que supone uno de los ejemplos contemporáneos más ilustrativos de cómo el dinero y el poder constituyen una apisonadora.

«En su día, cuando Kefauver realizó sus pesquisas sobre la mafia, había advertido que aquellos extorsionistas se aislaban tras un escudo de abogados, políticos y componedores presuntamente legítimos. Idéntico modo de actuar tenía la industria del acero, que pagaba cuantiosas sumas a una serie de trajeados traficantes de influencias profesionales. Al embarcarse en esa nueva investigación, Kefauver se dio cuenta de que los ejecutivos de la industria farmacéutica habían elevado esa forma de combate con bien remunerados guerreros interpuestos a la categoría de un arte. “Estos de los medicamentos sufragan un grupo de presión que hace que, en comparación, los del lobby del acero parezcan vendedores de palomitas”, comentó uno de sus asistentes en el Senado. Kefauver ya había visto de qué modo la mafia corrompía las instancias del Estado: cómo compraba sheriffs y regaba con tanto dinero los propios organismos públicos encarga-

dos de vigilar sus actividades que terminaba apropiándose de ellos. También en esto parecía apreciarse un paralelismo con el negocio farmacéutico. Kefauver creía que los organismos reguladores eran fácilmente inducidos por engaño a trabajar al servicio del propio sector que les correspondía regular.»

«En un estudio de 2016 se recogía que una mera invitación a una comida por un valor de veinte dólares podía bastar para que un profesional de la medicina cambiase un producto por otro en sus recetas. Y, a pesar de toda la palabrería en sentido contrario, los Sackler no necesitaban ninguna investigación para saberlo. Durante algunos años, Purdue destinó una cifra tan considerable como nueve millones de dólares a invitar a comer a los profesionales a los que trataba de persuadir. Richard Sackler era lo suficientemente meticuloso con los detalles para tolerar jamás semejantes desembolsos a menos que tuviese la garantía de que la inversión se saldara con una buena rentabilidad. En un correo electrónico de 1996 dirigido a Michael Friedman, señalaba que, de acuerdo con los datos con que contaba Purdue, “los médicos que han acudido a alguna cena o a algún encuentro de fin de semana han prescrito más del doble de Rx nuevas del OxyContin con respecto al grupo de control” (“Rx” es el símbolo de “receta”). Recalcaba que “los encuentros de fin de semana tienen la mayor de las repercusiones”.»

«Según un estudio de Associated Press y el Centro de Integridad Pública, entre 2006 y 2015 Purdue y otras farmacéuti-

cas que fabricaban analgésicos opioides gastaron más de setecientos millones de dólares para presionar en Washington y en los cincuenta estados. El dispendio sumado de estos grupos ascendía a aproximadamente ocho veces lo que gastaban los lobbies de la industria armamentística (en comparación, en el mismo periodo, los grupos que presionaban por poner límites en la prescripción de opioides gastaron cuatro millones de dólares). Un antiguo funcionario de la DEA describía la influencia de este lobby en el Congreso como “de control absoluto”.

### OXYCONTIN O LA MORTAL GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO

Primo químico de la morfina y de la heroína, el OxyContin es el opioide en el centro de la fortuna de los Sackler. La familia encontró la manera de aumentar las dosis de oxicodona en sus pastillas y de colocarlas en el mercado para cualquier tipo de dolor. Con tal propósito se creó toda una «literatura» engañosa que rebajaba su potencia y efectos secundarios, evitando pronunciarse acerca de su letal capacidad de adicción. Reguladores del sector, médicos, farmacéuticos y medios de comunicación se prestaron gustosamente al juego de la confusión y manipulación orquestado desde Purdue Pharma.

«Al parecer, el OxyContin no solo era objeto de venta y consumo en el mercado legal, sino también en el mercado ne-

gro. “Si lo machacan, los adictos pueden esnifar el medicamento o disolverlo para metérselo en vena”, informaban Meier y Clines. Lograron encontrar ejemplos de abuso, sobredosis y tráfico ilegal del OxyContin en Maine, Kentucky, Ohio, Pensilvania, Virginia, Virginia Occidental y Maryland.»

«Según la Sociedad Estadounidense de Medicina de la Adicción, cuatro de cada cinco personas que comenzaron a consumir heroína en ese periodo lo hicieron tras haber abusado inicialmente de calmantes con receta. En un estudio de 244 personas que empezaron a recibir tratamiento para superar el abuso de OxyContin tras la reformulación del medicamento en 2010, se descubrió que un tercio de ellas ya se habían pasado a otras drogas, y que un 70 por ciento de estas habían optado por la heroína. Dodd Davis, el excomercial de Purdue originario de Luisiana, es hoy un asesor de tratamientos antidroga. Tras haberse ganado la vida en su día vendiendo OxyContin, ahora trabaja con personas adictas a la heroína. A su juicio, la razón por la que sucedió lo de la heroína es que todo el comercio del OxyContin se vino abajo. En 2019, un equipo de economistas de las universidades de Notre Dame y Boston, y de la Oficina Nacional de Investigaciones Económicas, publicó un denso artículo de investigación sobre la cronología del “súbito incremento de la tasa de muertes por heroína” registrado en los años siguientes a 2010. Lo titularon “Cómo la reformulación del OxyContin prendió la mecha de la epidemia de heroína”.

## ALGUNAS CIFRAS

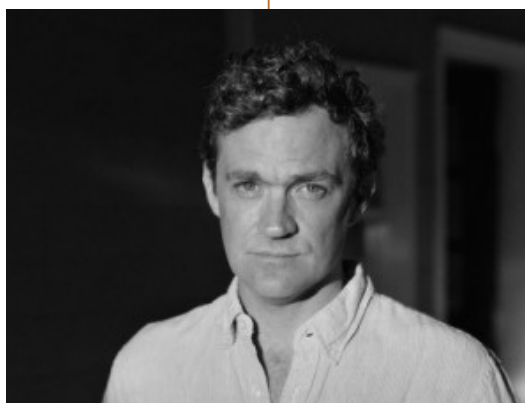
- Beneficios estimados de la familia Sackler por la comercialización de OxyContin: **35 billones de dólares.**
- Muertos por sobredosis relacionadas con opioides en el cuarto de siglo posterior al lanzamiento de la oxicodona en Estados Unidos: **450.000** (principal causa de muerte accidental, por encima de los accidentes de tráfico y de las heridas producidas por armas de fuego, sumando igualmente más fallecidos que todos los soldados estadounidenses caídos en guerras desde la Segunda Guerra Mundial).
- Número de causas civiles interpuestas contra los Sackler por ayuntamientos, estados, condados, tribus nativas americanas, hospitales, consejos escolares y otros demandantes: **más de 2500.**
- Coste anual de la crisis de los opioides a la economía de Estados Unidos: **casi 80.000 millones de dólares.**
- Donaciones al museo Guggenheim por parte de la familia Sackler a lo largo de veinte años: **9 millones de dólares.**

## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿Cuáles creéis que son las principales armas del autor en tanto que periodista de investigación?
2. ¿Qué recursos creéis que usó el autor para compensar un vacío en principio tan complicado para el libro como la ausencia de declaraciones por parte de la familia Sackler?
3. A la hora de dirimir responsabilidades sobre los abusos cometidos por Purdue Pharma, ¿hasta qué punto diríais que fueron fruto del momento histórico o la cultura en la que se produjeron?
4. ¿Qué nos dice el libro acerca de las estructuras familiares sustentadas en grandes fortunas?
5. ¿Qué imagen del sistema gubernamental y judicial de Estados Unidos diríais que transmite el libro?
6. ¿Diríais que el autor emite algún tipo de juicio moral a lo largo del libro?
7. ¿Pensáis que de la lectura se destila una condena al sistema de capitalismo salvaje característico de Estados Unidos?
8. Valorad si el autor emplea recursos propios de la escritura para el cine o la televisión.

9. ¿Cabría enmarcar el libro dentro del género del *true crime*?
10. ¿Consideráis que la fiebre por el coleccionismo de antigüedades y obras de arte por parte de Arthur Sackler escondía una forma de compensar sus fechorías empresariales o funcionaba al modo de una extensión de su vanidad?
11. ¿Con qué obras, tanto de ficción como de no ficción, que también retraten a dinastías corruptas vincularías al libro?
12. Si habéis leído *No digas nada*, ¿qué paralelismos temáticos y técnicos encontraréis entre *No digas nada* y *El imperio del dolor*?

## EL AUTOR



**PATRICK RADDEN KEEFE** (Dorchester, Massachusetts, 1976) es periodista en plantilla de *The New Yorker* y autor de varios libros de no ficción: *Chatter* (2006), *The Snakehead* (2009), *No digas nada* (2019, merecedor del National Book Critics Circle Award y el Orwell Prize), y *El imperio del dolor* (2021). Ha publicado artículos en *The New York*

*Times Magazine*, *Slate* y *The New York Review of Books*. En 2014 recibió el National Magazine Award en la categoría de crónica por «*A Loaded Gun*» y fue finalista del mismo premio en la categoría de reportaje en los años 2015 y 2016. Asimismo, es creador y narrador del podcast en ocho capítulos *Wind of Change* (2020).



## DECLARACIONES DEL AUTOR SOBRE *EL IMPERIO DEL DOLOR*

---

### **SOBRE LAS CONEXIONES Y DIFERENCIAS ENTRE *NO DIGAS NADA* Y *EL IMPERIO DEL DOLOR***

«Ambos libros me plantearon grandes desafíos. *No digas nada* contaba con cuatro protagonistas principales. Uno no quería hablar conmigo y los otros tres estaban muertos. Ningún miembro de la familia Sackler respondió a mis solicitudes de entrevista. Luego, por lo que respecta al tipo de escritura que me gusta realizar, mi intención es siempre sonar lo más vivaz, dinámico y absorbente posible. Nada más lejos de mis intenciones que toda esa gente te parezca muy ajena. Creo que la prueba de que he hecho bien mi trabajo es que el lector se olvide de que nunca tuvo acceso a estos individuos. Recolectar el suficiente detalle sobre cómo son sus voces, de qué modo se expresan y piensan supone un desafío mayúsculo. En este sentido llamémosle técnico, los dos libros me plantearon retos similares. Pero también hubo muchos aspectos diferenciales. Para mí *No digas nada* era en gran medida una historia sobre la ambigüedad moral. La narrativa de los Troubles ha sido caricaturizada en un sentido u otro, dependiendo de tu punto de vista, y mi esperanza radicaba

en acercarme lo suficiente a esta gente de cara a cuestionar los prejuicios que pudieras albergar. Con los Sackler, por el contrario, albergaba grandes dosis de claridad moral aunque de nuevo no quería incurrir en una caricatura. Mi objetivo era comprender por qué en algunos casos habían llevado a cabo lo que, en mi opinión, eran actos monstruosos.»

---

### **SOBRE LA METODOLOGÍA DE TRABAJO EN *EL IMPERIO DEL DOLOR***

«Empecé por una doble vía. Una consistía en hablar con cuanta más gente mejor, y mi propósito era hallar a personas que conocieran a la familia y/o que hubieran trabajado para la empresa. Acercarme a los Sackler lo máximo posible. Si no iban a concederme audiencia, intentaría llegar a ellos a través de contactos próximos. Así que una parte radicó en hacer muchas llamadas telefónicas para procurar concertar citas en persona. Consciente de que buena parte del libro se ambientaría en los años 50, me urgía hablar con individuos a los que no les quedaba mucho tiempo de vida y efectivamente algu-

nos fallecieron antes de que pudiéramos citarnos. De modo que me pasé un largo periodo de tiempo conversando con gente de edad muy avanzada. En paralelo abrí una segunda vía consistente en peinar documentos a mansalva. Algunos eran actas judiciales, otros fueron informes internos que me fueron filtrados y muchos procedieron de materiales de archivo. Pasé incontables horas en archivos y bibliotecas, que a veces me sirvieron momentos cargados de intimidación. Pese a que me encuentro con una familia que me veta, tengo acceso a las tarjetas donde notifican nacimientos a sus allegados, a invitaciones a *bar mitzvah* y a bodas, en definitiva, muestras de momentos muy importantes en sus vidas.»

---

## LA IRONÍA MÁXIMA

«En mi país se produce este fenómeno tan curioso que es que las grandes compañías farmacéuticas comercializan directamente sus productos, se dirigen sin atajos al consumidor final. Pero lo que de verdad me impactó fue descubrir que Arthur Sackler y luego su sobrino Richard Sackler perfeccionaron el arte del marketing no dirigido a los consumidores sino a los médicos. Este punto me resultó de lo más perturbador porque, cuando acudes al médico, lo que haces es poner tu salud y seguridad en sus manos, confiando en que su neutralidad esté a prueba de injerencias externas. Y no deja de ser irónico que esta idea de que los médicos son incorruptibles fue promovida de forma incansable por suce-

sivas generaciones de los Sackler. Una gran pantomima, como se acabó demostrando. Me dejó de piedra comprobar que Arthur Sackler, el mismo individuo que dirigía una agencia de publicidad que lanzaba sus redes sobre los médicos, declaró que estos no eran nada influenciados. He hablado con médicos que me han dicho: “Ah, por descontado que las grandes farmacéuticas siempre intentan influenciarnos, pero yo jamás caería en su juego. Que me inviten a comer un buen filete no significa que cambien el modo en que extiendo mis recetas”. Pero resulta que hubo años en los que Purdue Pharma llegó a gastarse nueve millones de dólares en comidas, un presupuesto que estudiaban al detalle porque sabían que cada dólar invertido tenía su retorno.»

---

## EL MENSAJE FINAL DEL LIBRO

«Igual que probablemente la mayoría de mis lectores, encuentro que muchas de las justificaciones de los Sackler son insostenibles. Al mismo tiempo no creo que en sus planes estuviera matar a tantísima gente. Bajo mi punto de vista, parte de lo que reviste de un halo tan trágico esta historia es el hecho de que versa sobre el idealismo y una suerte de apuesta idealista que se demostró nefasta. Y también por la terquedad con la que esta familia y su empresa se mantuvo ciega a los errores cometidos de forma temprana, impidiéndoles recalibrar su comportamiento.»

## CURIOSIDADES SOBRE PATRICK RADDEN KEEFE

---

Ejerció de asesor del Departamento de Defensa entre los años 2010 y 2011.

---

Ha escrito reportajes de investigación sobre asuntos tan variados como conflictos relacionados con la propiedad de reservas de hierro en Guinea, los esfuerzos de algunos estados por legalizar la marihuana con usos recreativos y la captura del capo del cártel mexicano de la droga Joaquín «El Chapo» Guzmán Loera.

---

Desde el año 2020 conduce el podcast *Wind of Change*, que explora el rumor de que la canción homónima de la banda Scorpions fue en realidad escrita en secreto por la CIA, en vez de por el líder de la banda, Klaus Meine.

